

importancia y extension de la accion civilizadora de la Iglesia en todos los siglos. Pocos púeblos hay, por insignificantes que sean, que no tengan su Párroco, y que no deban á la accion lenta y continuada de éste su mayor prosperidad. Es tanto más eficaz y saludable esta influencia, cuanto que se ejerce en nombre de la religion, y se halla íntimamente enlazada con su ejercicio, que es el sentimiento más vivo de los puebls.

Aunque el Catolicismo no pudiera presentar otros hombres que le honren, sino los Párrocos, bastaría para acreditar su vida sobrenatural, y para merecer la consideracion y las bendiciones de la sociedad (1).

CAPITULO V.

El pueblo.

El Catolicismo es, por excelencia, la religion popular, la religion del pueblo y para el pueblo; tanto para la felicidad eterna como para el bienestar temporal. Esta es una verdad demostrada por la experiencia de diez y nueve siglos, y reconocida por todos los escritores imparciales.

A pesar de todo, se ha hecho comun en nuestros tiempos lamentarse de la infelicidad y la miseria del pueblo en los países católicos, y, al mismo tiempo, ensalzar la cultura y prosperidad de los países protestantes, vertiendo, en consecuencia, amargas quejas contra la Iglesia ó acusándola paladinamente de ser una rémora para el bienestar de los hombres.

Aunque en la tercera parte de esta obra dejamos ya extensamente probado lo contrario con los irrecusables ar-

(1) Sobre el origen y derechos de los Párrocos, véase el Cardenal de La Lucerna, *Disertacion sobre los derechos y los deberes de los Obispos y de los Curas*. Véase tambien el artículo *Parroquia*, adicionado al Diccionario Teológico de Bergier.

gumentos de la historia y de la recta razon (1), trataremos aquí la cuestion más directamente en el mismo terreno que la colocan los adversarios.

Demostraremos que el pueblo católico, formado bajo la direccion y la influencia de la Iglesia, es más virtuoso y más feliz que los puebls protestantes.

Comparemos la condicion de los puebls católicos y no católicos bajo el punto de vista de su *instruccion*, de su *moralidad* y de su *prosperidad material*.

§ I.—Instruccion.

Los puebls católicos son en general más instruidos que los puebls protestantes.

1.º Hemos probado que la Iglesia católica es altamente favorable al desarrollo de la inteligencia y protectora de los progresos de las ciencias y de las letras. Esto, como es natural, ha de ceder principalmente en beneficio de sus hijos, en quienes su accion no encuentra obstáculos. Por el contrario, la reforma es un gérmen fecundo de errores, y, por lo tanto, los esparce entre sus sectarios.

2.º La Iglesia desempeña incansablemente su ministerio de enseñar; su vida puede decirse que es una enseñanza continua. En este punto ha empleado siempre los mayores desvelos, como no ignoran sus enemigos. Por lo tanto, hemos de admitir que esta enseñanza produce sus frutos en el pueblo, á no suponer que todos los católicos son estúpidos. Al revés sucede con las sectas, que por sus principios tienen que abandonar á cada uno á su espíritu privado.

3.º Hemos visto que el Catolicismo produce los hombres más sábios en todos los ramos del saber. Estos hombres salen en su mayor parte del pueblo, lo cual supone en éste una instruccion muy generalizada y que halla expeditos y fáciles los caminos de la ciencia. Por otra parte, no puede

(1) En varios lugares, especialmente en el cap. 2.º, párrafo 1.º, cap. 6.º dup. y cap. 7.º

ménos de aprovecharse de la proximidad y el roce continuo con esos hombres de talento, los cuales trabajan por el pueblo y emplean en beneficio suyo sus talentos y virtudes.

4.º Hemos de hacer la justicia á los Gobiernos católicos de que procuran la instruccion de sus pueblos con tanto interés como los protestantes. Pero, además, tienen sobre éstos la ventaja de las numerosas instituciones católicas dedicadas á la enseñanza, de las cuales carecen los protestantes.

5.º Los hechos confirman las razones que acabamos de indicar. «La Inglaterra es la nacion de Europa donde la instruccion está ménos generalizada. No osaría yo afirmarlo si no lo hubiese demostrado con la estadística el señor Fox en la Cámara de los Comunes, y si ántes no lo hubieran manifestado allí mismo lord John Russell, el señor Macaulay y el Sr. Hume» (1).

«El Sr. Kay, de la universidad de Cambridge, que había viajado por diversas partes del continente de Europa, escribía en 1850: «Digo tristemente y con vergüenza, mas afirmo con sinceridad, que nuestros campesinos ingleses son más ignorantes, más corrompidos, más incapaces de ayudarse y más ocupados en la satisfaccion de sus apetitos que los de cualquier otro país» (2). De muchos testimonios fidedignos consta que hay en Inglaterra una multitud de gente que no sabe recitar una oracion, que ignora el nombre de la reina, y que no conoce los meses del año. De una relacion de Sir John Pakington al Parlamento, resulta que millares de personas no tienen nocion alguna de vicio, ni de virtud, ni de religion. Otros hay que no saben su propio nombre, sino el apodo que les dan. Por lo cual dice un escritor: «Llamo ignorancia el estado del individuo que no puede decir una palabra de oracion, que no sabe el nombre del soberano reinante, y que desconoce hasta el mes

(1) Franco, *Respuestas á las objeciones más comunes, etc.*, tom. II, cap. 28.

(2) *Ib.*, lugar citado.

del año. Entre unos 3.000 jovencitos de ambos sexos he hallado 1.588 en tan extrema ignorancia: 1.290 muchachos y hombres y 290 muchachas son tan incapaces de recibir una buena educacion moral y religiosa, que hablarles de vicio y de virtud es usar un idioma desconocido» (1). Y estos hechos, concluye el Padre Franco, no son hechos aislados, por lo cual puedan considerarse simples excepciones, sino que son tan frecuentes que casi constituyen la regla ordinaria.

Ahora bien, ¿en qué país católico se hallará ni un solo hombre, no siendo mentecato, que ignore la existencia de Dios, que no haya oido nunca hablar de Jesucristo, que no sepa lo que es vicio ni virtud, que se quede mudo si le preguntais á qué soberano obedece, ó qué dia de la semana corre, ó en qué mes nos hallamos, ó, finalmente, qué cosa es bautismo, cruz, cristianismo, Iglesia, y qué nombre le pusieron sus padres?» (2)

§ II.—Moralidad.

Hay quien pretende que los países protestantes son mejores que los católicos. Pero de lo que hemos dicho sobre el estado de instruccion de unos y otros, puede inferirse el estado de su moralidad.

Ante todo preguntaremos á los que defienden tan extraña paradoja:

1.º Los países protestantes ó católicos, buenos ó malos, ¿son tales como se describen en virtud de su religion? No: los países católicos no son malos sino cuando no siguen su religion, y, por el contrario, los protestantes son buenos cuando no siguen los principios de su secta.

2.º Los países protestantes de que se trata, ¿no son acaso mejores que ciertos países católicos, por estar más alejados de todo contacto perverso, de toda influencia corruptora, y porque retienen muchas verdades del Catolicismo?

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*

Y los países católicos que se deprimen adrede, ¿acaso no son malos por estar trabajados incesantemente por la peste de la herejía y de la incredulidad?

3.º Si estos países católicos malos se hubieran hecho protestantes, ¿no estarían todavía más corrompidos que lo están actualmente?

4.º Si los países protestantes, que se citan como buenos, hubieran sido trabajados por el géneo del mal tanto como los países católicos, ¿no estarían mucho más corrompidos que éstos?

5.º En fin, si estos países protestantes buenos fuesen católicos, ¿no serían aún mucho mejores?

Hé aquí las cuestiones que se deberían examinar ántes de preferir los países protestantes á los católicos; pero los adversarios se guardarán bien de hacer este exámen, que sería su confusion. En efecto, no se puede desconocer que una religion verdadera, como es la católica, que ha civilizado al mundo, tiene más accion y más influencia moral sobre los pueblos, que una religion falsa, como el protestantismo, que no ha hecho absolutamente nada por la verdadera civilizacion. ¿Acaso es posible que la verdad sea ménos saludable para las naciones que el error? ¿Se puede preferir una religion que carece de casi todos los elementos de moralizacion á una religion que los posee todos?

Los adversarios exajeran por una parte la corrupcion de los países católicos, y por otra ponderan excesivamente la sencillez de costumbres de los protestantes. A pesar de todo, podemos demostrar que el mal está muy léjos de ser tan grande como éstos dicen; y despues que, sea cual sea, es siempre muy inferior entre los católicos que entre las sectas.

Hay que tener tambien presente que las faltas de los católicos parecen más graves y numerosas, porque nuestra religion es más perfecta. Lo que á los protestantes ni aún les quita la fama de bondad, es culpa entre los católicos, y no leve. Prescindir de la confesion y de la comunion en los tiempos debidos, hace pasar entre nosotros por irreligiosos, y con justicia; pero los protestantes no se fijan en ello.

Lo mismo decimos de los ayunos, abstinencias, etc. Han abrogado los protestantes tal multitud de obligaciones que tienen los católicos, que no es difícil creer que son mejores que éstos, y ser buenos segun su medida.»

Pero si se consultan las estadísticas del vicio, que son el termómetro más exacto de la moralidad de los pueblos, se verá que en general la corrupcion de los países protestantes llega á un grado á que jamás han alcanzado los católicos. La razon es bien clara, pues es sabido que la religion es el freno más eficaz para toda clase de vicios y crímenes. Por lo tanto, sin más que fijarse en el estado de indiferentismo de los países protestantes, aparece que entre ellos es mucho mayor la corrupcion.

Hé aquí lo que nos enseña la lógica inflexible de los hechos:

«Comparando la razon en que se hallan los crímenes con la poblacion media en el Reino Unido y en Francia, durante los mismos años en una época reciente, aparecen, dice Mr. Moreau de Jonnés, las diferencias siguientes:

»El homicidio es por lo ménos cuatro veces más frecuente en las Islas Británicas que en Francia, aún en las épocas en que este último país se halla en revolucion.

»El asesinato es la mitad á lo ménos más frecuente.

»La violacion es tambien el séxtuplo ó el séptuplo más comun.

»El incendio es un poco más raro.

»Los robos justificados ante los tribunales y la policia correccional, son cuatro veces más comunes, considerando su número de una manera absoluta, porque comparados con la poblacion en ambos países, resultan por lo ménos quintuplos (1).» Añade á continuacion un estado de la esta-

(1) Véase Descuret, *Medicina de las pasiones*, nota J. Es lástima, dice en otro lugar, que en las estadísticas de la justicia criminal no se haya pensado todavía en buscar la proporcion de los incrédulos, de los indiferentes y de los hombres religiosos citados ante los tribunales. En vista de los numerosos hechos que he presenciado como médico legista, y de los datos que me han comunicado, ya las fami-

distica criminal en las principales naciones de Europa, del cual aparece que la proporción del número de acusados con los habitantes es, por regla general, mucho más alta en los países protestantes.

El divorcio es la gran plaga de los países protestantes. En Inglaterra y Alemania el matrimonio no tiene sombra de duración ni de santidad. También es común el caso de tener dos ó más mujeres á la vez. Leon Faucher contó 28 en Londres en un solo año. Además, los maridos tratan brutalmente á sus mujeres. «No se pueden leer los periódicos sin quedar horrorizados, decía en el Parlamento inglés el Sr. Fitz-Roy en Abril de 1852; ¡tan numerosos son los ejemplos de tratamientos brutales y crueles dados á sus mujeres por hombres cuyas atrocidades debían avergonzar todas las frentes inglesas!» Pero no es extraño que traten mal á sus mujeres los maridos que las venden por muy poco dinero, de lo cual refiere Margotti diferentes casos (1).

El Padre Franco, refiriéndose al testimonio de un inglés, dice que, «en ninguna ciudad del continente se ha visto jamás el vicio y la corrupción dominando en la sociedad de una manera tan asquerosa como en Londres, donde en estos últimos tiempos ciertas calles, por no decir nada de los teatros, ofrecen escenas que no se han visto en las ciudades más disolutas del extranjero.» Las víctimas de la inmoralidad, según Ryan, se calculan en 80.000 solo en la capital; las casas de pecado no pueden ser contadas. Eugenio Rendú, después de haber visitado la Inglaterra, decía en 1853 al ministro de instrucción pública de Francia: «El sentimiento de la dignidad humana no existe siquiera en germen en algunos barrios de Londres. Puede ser que por

lias, ya el ministerio público, creo poder afirmar, sin que se me desmienta, que de 100 individuos acusados de crímenes, 50 pueden ser clasificados como indiferentes en materia de religión, 40 como incrédulos, y 10 como creyentes. Por otra parte, sobre 100 suicidios, no he observado más que cuatro en personas de sólida piedad, pág. 73, nota.

(1) Margotti, *Roma y Londres*, obra notable.

la constitución de la sociedad inglesa sea este un motivo de seguridad; mas para el cristiano y el moralista es la revelación de un estado de cosas que la religión proscribiera y la razón rechaza. Una sociedad no tiene derecho á poner como condición de su existencia la sustitución de las pasiones del bruto á los sentimientos del hombre en el alma de un número cualquiera de sus individuos» (1).

No es ménos triste la estadística de la embriaguez en dichos países. Desde 1820 á 29, se dobló en la Gran Bretaña el consumo del aguardiente y del ron. El ministro protestante J. B. Owen dice que solo en Londres se gastan cada año en aguardiente *tres millones de libras esterlinas* (285 millones de reales.) Los obreros de Manchester gastan más de 100 millones de reales. En Edimburgo hay 1.000 tiendas de licores espirituosos y solo 200 panaderías. En 40 ciudades de Escocia es mayor la desproporción, pues mientras hay un vendedor de licores por cada 150 personas, solo existe un panadero por cada 1.000. Las mujeres se abandonan á este funesto vicio con tanta pasión como los hombres (2). Por último, el doctor en medicina Mr. Bargeret, dice en una obra publicada en 1870, que este vicio causa cada año en Inglaterra más de *cient mil víctimas*, y entre ellas *veinticuatro mil mujeres* (3). Se ha averiguado que en los Estados-Unidos tres cuartas partes de los indigentes son víctimas de la embriaguez, que este vicio les roba unas seis horas al día, y que causa á la nación una pérdida de 2.400 millones de reales cada año. La borrachera es, según los economistas, una de las causas principales de la inmoralidad y de la miseria pública.

Como consecuencia de la inmoralidad, se observa que en los países protestantes, como también en los pueblos indiferentes en religión, se multiplican de una manera espantosa los suicidios. La estadística nos enseña que Berlin,

(1) Franco, *lug. cit.*

(2) Discurso pronunciado en la sociedad de artes y oficios. Véase Margotti, obra cit., pág. 249 y siguientes.

(3) Véase también Descuret, parte II, cap. 13.

Copenhague, Londres y París son las capitales donde se cometen más suicidios con relacion á sus habitantes, y tambien son frecuentísimos en los Estados-Unidos. Los autores que han escrito sobre esta materia convienen unánimes en que la frecuencia de los suicidios reconoce por causa la falta ó el olvido de las creencias religiosas (1).

A pesar de la ponderada corrupcion de los países católicos, desafiamos á nuestros adversarios á que nos citen tales excesos de inmoralidad en alguno, exceptuando acaso á París, por ser la capital que ofrece más incentivo á todas las pasiones, y en la cual dominan el indiferentismo y la incredulidad. Fuera de esta poblacion, no se puede poner en duda que los pueblos católicos, á pesar de sus desórdenes que deploramos, son mejores que los que no profesan nuestra religion.

Sería un fenómeno incomprensible y nunca visto que sucediese lo contrario. El católico halla en su religion poderosos y continuos motivos para practicar la virtud y vencer sus pasiones. Desde niño guía sus pasos la religion, y está oyendo continuamente la celosa voz de sus pastores, que le dirigen por el buen camino y le apartan de las sendas extraviadas. En el Catolicismo todo se ordena como fin último á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas, y, por lo tanto, á la práctica de las virtudes como medio indispensable para llegar á ella.

Para sostener en el bien y resistir á las seducciones, tiene además los ejemplos de los fieles, los honores que la Iglesia concede á la santidad, las solemnidades del culto y las prácticas piadosas, que hablan al corazon, y, sobre todo, los sacramentos. Nadie puede negar que la confesion es el medio más saludable para contener el vicio y promover la moralidad. Si el secreto de la confesion permitiese á los Sacerdotes revelar el número de atentados cuya ejecucion diariamente evitan, se vería que excede al ya espantoso que arrojan las estadísticas de la criminalidad. La sagrada eucaristia es el sacramento divino que fortalece al al-

(1) Véase Descuret, parte 2.^a, cap. 13.

ma haciéndola avanzar á pasos de gigante en la perfeccion. Ya hemos probado arriba que solo en la Iglesia católica hay Santos, es decir, se practican las virtudes en grado heróico.

Omitimos otra multitud de razones, porque creemos que no puede sostenerse de buena fe que los pueblos protestantes superen á los católicos en moralidad (1).

§ III.—Prosperidad.

Veamos ahora la condicion de unos y otros bajo el punto de vista de la prosperidad material.

Advertiremos, sin embargo, que en esto solo tiene una parte muy secundaria la religion. La prosperidad material de los pueblos depende en su mayor parte de su posicion, de su suelo, de su gobierno y de otras mil circunstancias naturales. En una misma nacion que profesa la misma religion hay provincias más ó ménos ricas y prósperas, segun las diversas condiciones en que se hallan. Por lo tanto, aunque algun país protestante fuese más próspero que otro católico, nada tendría esto que ver con la religion.

Además, la prosperidad temporal de los pueblos no consiste precisamente en tener grandes ejércitos, muchos navíos, vasto comercio, muchos ferro-carriles y una industria muy adelantada, y en que su política influya en otras naciones, sino en el mayor bienestar posible para el mayor número posible, en la suerte más ó ménos próspera de las clases numerosas, á las cuales importará poco que su nacion sea la primera del mundo si ellas carecen de pan.

Esto supuesto, decimos que en igualdad de circunstancias, el Catolicismo es más favorable que las sectas al bienestar material de los pueblos.

Los pueblos católicos poseen el mayor de los bienes, del cual se derivan todos los demás, la verdadera religion. La

(1) Véase Augusto Nicolás, *Del protestantismo y de todas las herejias en su relacion con el socialismo*, lib. III, capítulo 4.^o

Biblia y la razon están de acuerdo para decir que consiste en la religion la felicidad que puede disfrutarse en esta vida. Por el contrario, las mismas atestiguan y confirman la experiencia que la irreligion desarrolla el vicio y el crimen, y, como consecuencia, conduce á la miseria y á la desgracia. Porque «supone la falta de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes tan sublimes cuanto necesarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades y destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérmenes del mal.»

Ya hemos visto en los artículos precedentes que los pueblos católicos aventajan á los protestantes en instruccion religiosa y en moralidad. Por consiguiente, deben ser mejores entre ellos las relaciones sociales, el amor mútuo, el respeto á los derechos de otros, la buena fe en los contratos, la paz doméstica y pública y los demás elementos que componen la felicidad temporal de los pueblos. Así es, que los bienes de todo género se hallan repartidos con mayor equidad, se atiende á mejorar la condicion de los infelices, á quienes la religion da resignacion para sufrir su suerte, y, por último, no hay ninguna clase que se pueda llamar *desheredada*.

No sucede así en los países protestantes cuya prosperidad tanto se ensalza. Son muy pocos los que se aprovechan de sus ventajas, las cuales no alcanzan á mejorar la condicion de las clases numerosas. Por eso los hombres pensadores observan alarmados los terribles progresos que hace el pauperismo, amenazando á la sociedad con espantosos trastornos para un tiempo no lejano, y mientras llegue ese caso se multiplican los crímenes, la locura, la prostitucion y los suicidios.

Segun los datos oficiales del *Libro azul* de Inglaterra, publicado en 1870, el pauperismo aumenta cada año de una manera que estremece. Lord Hamilton decía recientemente que, á pesar de que en 1869 emigraron 167.000 individuos, el año 1870 había aumentado el número de pobres en 74.000. *El Standart* añadía que, de los datos recogidos, resultaba que existían en Londres, en la primera semana

de Junio del mismo año, más pobres que había habido nunca. Desde mitad del siglo pasado hasta mitad del presente, la poblacion de Inglaterra *triplicó*, mas durante el mismo tiempo, el pauperismo *oficialmente* reconocido vino á ser *ocho veces* más numeroso.

La proporcion del pauperismo con el número de habitantes es mucho más elevada en los países protestantes que en los católicos. Calcúlase que existen en Europa unos *once millones* de indigentes sobre *doscientos veintiseis millones* de habitantes, ó sea el *veinte por ciento* de la poblacion, distribuidos en la proporcion siguiente:

	Inglaterra.....	1 por 6
	Holanda.....	1 por 7
	Suiza.....	1 por 10
Países protestantes.	Alemania.....	1 por 20
	Dinamarca.....	1 por 25
	Suecia.....	1 por 25
	Prusia.....	1 por 30
	Francia.....	} 1 por 25
Países católicos....	Austria.....	
	Italia.....	
	Portugal.....	} 1 por 30
	España.....	

(1)

Hay que advertir que en Inglaterra hay en realidad un pobre por cada cuatro personas, porque los individuos de la clase trabajadora sufren mil privaciones cuando no tienen trabajo, lo que sucede con frecuencia, y aguardan hasta el último extremo ántes de pedir el socorro que da el Gobierno á los pobres. Y, ¡cuántas veces este escaso socorro no llega á tiempo! Los periódicos refieren con frecuencia muchos casos de individuos muertos de hambre. «El periódico médico inglés más acreditado asegura que

(1) Véase Martin Doissy, *Diccionario de economia caritativa*, tomo 3.º, col. 363.—Sacamos estos datos de los *Paralelos entre el Catolicismo y las sectas protestantes*, por D. Joaquin Rubió y Ors, párrafo 3.º, cuaderno 2.º

veintimil setecientos setenta irlandeses murieron de hambre en un año en los caminos de sus montañas nativas ó en sus infectas covachas. La cifra está sacada de los cuadros anuales del censo Irlandés, y el *Medical Times* advierte que el número de muertos de hambre registrado oficialmente, no puede ménos de ser más bajo que el verdadero» (1). ¡Y despues de esto habrá todavía quien envidie la prosperidad de Inglaterra!

Por último, hay que advertir que cuando la plaga del pauperismo se presenta en un país católico, solo es con carácter transitorio por efecto de malas cosechas, guerras, etcétera; pero en los países protestantes es el pauperismo como un cáncer crónico que los devora y que avanza á pesar de los esfuerzos que hacen por contenerlo.

Y mientras los países protestantes nada pueden hacer por extirpar esta plaga, sino agravarla cada vez más, á pesar de la exorbitante *tasa de los pobres* que pesa sobre los propietarios y de las leyes para socorrer á los indigentes, los países católicos atienden á sus pobres con todo desahogo. Consiste en que los primeros no ofrecen al pobre otro socorro que el forzado que les obliga la ley á darles, al paso que los segundos abren las fuentes de la caridad privada, que son los más eficaces. Los primeros miran al pobre como una carga pesada é insoportable; los segundos los miran como hermanos y creen socorrer en ellos al mismo Jesucristo en persona. Al mismo tiempo el Catolicismo tiene para los pobres numerosas instituciones de caridad de todo género que no tiene el protestantismo. Por todo lo cual, la suerte de las clases numerosas entre los católicos, no puede ménos de ser más feliz que entre los protestantes.

Y se confirma lo dicho porque «la cuestion de las relaciones entre las clases indigentes y las clases superiores, que constituye la gravedad de esta situacion, y que es la de la civilizacion misma, no puede ser resuelta sino de dos maneras, ó por el sistema católico de la caridad y de la justicia, aseguradas la una por la otra y las dos por la fe

(1) Franco, lugar citado.

en sus motivos sobrenaturales, mantenidos por la doctrina y vivificados por la gracia, ó por el sistema pagano de la esclavitud antigua, que suprime la naturaleza espiritual, moral y social del hombre, todo aquello por lo cual vive y se engrandece y aspira á vivir y á engrandecerse más y más para hacer descender al nivel, sino es más abajo del bruto, á aquel sér de quien se ha dicho que es apenas inferior al Angel y que está llamado á igualarle. Esta gran cuestion es la que se agita en el mundo y su agitacion es la que causa todas nuestras agitaciones» (1).

Estas cuestiones pavorosas perderian casi toda su importancia desde que los pueblos fuesen sinceramente católicos, y fortalecidos por la enseñanza de la Iglesia aprendieran todos á vivir resignados con la suerte que el Señor les ha dado, á hacer un mérito de la pobreza y á usar moderadamente de los bienes de la vida, partiendo su pan con el necesitado.

Mientras esto no suceda, habrá un desequilibrio doloroso entre las clases de la sociedad que la tendrán en un estado continuo de fermentacion. Cuando el lujo insulta con su ostentacion á la miseria, no hay que extrañar que los pobres miren á los ricos con malos ojos.

Déjese á la Iglesia la accion expedita, ya que no la ayuden los Gobiernos, y en breve volverán los pueblos á la religiosidad y á la sencillez de costumbres de nuestros abuelos, que es el medio más cierto para que sean verdaderamente prósperos y felices.

Pero aunque los pueblos católicos fuesen realmente los más miserables, nada probaría esto contra la bondad de nuestra religion. Dios prueba en este mundo á los que ama. La religion no tiene por objeto hacer á los hombres dichosos en este mundo, que es valle de lágrimas, sino llevarlos al Cielo; ni ofrece sus recompensas en esta vida, que serían mezquinas, sino en la eterna, que exceden á toda ponderacion.

(1) Aug. Nic., lug. cit.